

## EL ENTENADO O LA RESPUESTA DE SAER A LAS CRÓNICAS

Al publicar en 1983 *El entenado* Saer seguramente sorprendería a sus lectores y exégetas, acostumbrados a que el autor se ocupara de temas actuales en su "zona". Pero en realidad ya había dedicado dos textos anteriores a la época de la conquista, en concreto el titulado *Paramnesia*, escrito en 1966 y publicado en el libro *Unidad de lugar* en 1967 y otro, *El intérprete*, incluido en la antología *La mayor* de 1976.<sup>1</sup> En *Paramnesia*, una expedición de españoles que ha explorado la "zona" (seguramente Colastiné) y ha construido un fuerte, acaba de ser diezmada por los indígenas con picas envenenadas. En el momento del relato sólo quedan tres supervivientes: el capitán, un fraile agonizante y un soldado pelirrojo. El texto anticipa la novela *El entenado* no sólo por su ambientación, sino también por el personaje del capitán y la problemática de éste: la pérdida de una realidad (España) y la dificultad de comprensión de otra (América).

El segundo texto, de apenas tres páginas, abandona excepcionalmente la región elegida por Saer como centro de su prosa y nos traslada al Perú del siglo XVI. El intérprete aludido en el título es el inca que sirvió a Pizarro, bautizado como Felipillo por los españoles. Como el del "entenado", su destino cambió en su primera adolescencia: mientras que aquél se embarcó desde un puerto español para conquistar las Indias, el niño inca vio la llegada de estos mismos "carniceros" y con ellos perdió su origen. Desde aquel momento tiene una doble lengua "como las víboras" y vive desgarrado entre dos tipos de vida irreconciliables. La pérdida de una realidad y la dificultad en aceptar otra, así como la arbitrariedad de la lengua unen *El intérprete* a *El entenado*. Incluso el enfoque es igual en ambos textos, ya que son relatados (o rememorados) por los dos protagonistas durante su vejez, a una distancia temporal de varias décadas. Pero veamos ahora la novela *El entenado*. Hacia el año 1575 un español anónimo, septuagenario y cerca de la muerte, escribe el relato de su vida entre los indígenas de la región santafesina de Colastiné, donde sus compañeros son matados y devorados ante él. Los indios lo conservan entre ellos como testigo durante diez años y lo devuelven a sus compatriotas al acercarse un barco español. Posteriormente el narrador vive en España, primero con el padre Quesada, más tarde como actor y director de su propia historia y finalmente como dueño de una imprenta. Pasa sus últimos días escribiendo sus memorias, "único acto que justifica mi vida" (p. 99).

---

<sup>1</sup> Otra referencia a la época de la conquista es la pretensión de los hermanos Pichón Garay y el Gado de ser descendientes del explorador Juan de Garay, fundador de la ciudad de Santa Fe (1573), como se dice claramente en *Discusión sobre el término zona*: "(los) miembros de la familia Garay sostienen descender del fundador de la ciudad, Juan de Garay" (*La mayor*, 101).

La fuente histórica del relato la constituye la vida de Francisco del Puerto, uno de los tripulantes de la expedición de Juan Díaz de Solís por el Río de la Plata (al que éste llamó “Mar Dulce”), que fueron atacados y asesinados por los indios y, según se dice, devorados ante los ojos del resto de la expedición que había quedado en el barco. El único superviviente fue aquel del Puerto, quien vivió diez años como prisionero entre los indígenas y sirvió después de informante sobre la región a Sebastián Cabot.

El propósito del autor no es “la paráfrasis de antiguos crónicas” ni la “vuelta a los historiados de Indias” en general, como algún reseñador del libro pretende (J.M. Marco, s.f.: 70), aunque exista alguna ambientación en la época como al comienzo:

En boca de los marinos todo se mezclaba; los chinos, los indios, un nuevo mundo, las piedras preciosas, las especias, el oro, la codicia y la fábula. Se hablaba de ciudades pavimentadas de oro, del paraíso sobre la tierra, de monstruos marinos... (12s.)<sup>2</sup>

A lo largo de la novela hay pocos fragmentos que pretendan recrear el estado primitivo de los indios o el siglo de oro español, como por ejemplo, el hacer fuego con dos pedazos de madera (41), las costumbres de limpieza y cortesía entre los indígenas (68-71) y su canibalismo; en el mundo español se destacan la fiebre del oro y de piedras preciosas (92), la discusión sobre la condición humana o no de los indígenas (102) y la sospecha por parte de los curas de que el contacto con aquéllos pueda contagiar a los españoles, mientras que el narrador critica, a su vez, a los religiosos como ignorantes, leguleyos y mezquinos (100). Además no falta, de paso, la descripción de la vida en el convento y de la de gente de teatro ambulante.

Pero si lo comparamos con las “memorias” de otros cronistas de la misma región como Cabeza de Vaca, Ulrico Schmidel y Díaz de Guzmán, en seguida se hace evidente la falta de descripciones que fijen la geografía, la fisionomía de los indios, su forma de vestir, su vida socio-económica, etc. Cabeza de Vaca, por ejemplo, da los siguientes detalles acerca de los guaraníes del Iguazú:

Crían muchas gallinas, patos y otras aves, y tienen mucha caza de puercos y venados, y dantas y perdices, codornices y faisanes, y tienen en el río gran pesquería, y siembran y cogen mucho maíz, batatas, cazabi, mandubias, y tienen otras muchas frutas, y de los árboles cogen gran cantidad de miel...hay grandes campiñas de tierras, y muy buenas aguas, ríos, arroyos y fuentes, y arboledas y sombras, y la más fértil tierra del mundo, muy aparejada para labrar y criar, y mucha parte de ella para ingenios de azúcar, y tierra de mucha caza... (94).

En el relato de Saer no se presenta más que un paisaje genérico, campestre y fluvial: árboles, el río ancho de aguas pardas o doradas, con islas chatas en el medio,

---

<sup>2</sup> *El entenado* no pretende reconstruir elementos “arqueológicos” de costumbres, vestidos, comidas, etc., ni la mentalidad de la época, la manera de ser el hombre, su pensar y su actuar; no ofrece “un modèle comportemental, un schéma cohérent, véridique et significatif d’un moment particulier du passé” (J. Levi, 1989: 148).

orillas y una tierra llena de ondulaciones (31,33). Prácticamente se retoman los elementos que desde el principio le sirven al autor para crear su mundo, su “zona”, como tituló su primera antología de cuentos (1960). Nunca se trata de una realidad física, sino de percepciones sensoriales, de color, sonido y olor como muy bien se demuestra en la escena central, la fiesta caníbal. Apenas se nos dice cómo viven los indígenas, qué comen y qué plantan en épocas normales. Igualmente llama la atención la falta de nombres propios en todo el relato: no se les diferencia en su individualidad sino que son meramente “el vecino”, “el que nadaba”, “los niños”, etc. Al contrario, Cabeza de Vaca, a pesar de la rapidez con la que cruza los territorios, cita el nombre de cada uno de los caciques (cf. 87s.).

Con respecto al lenguaje es igualmente fácil comprobar que el narrador no remeda la lengua del siglo de oro: sólo nos encontramos con alguna que otra palabra desusada como *legua*, *entenado* y *entendimiento* (con significado antiguo).<sup>3</sup> Intencionadamente introduce anacronismos como *nostalgia*, *moda*, *changador*, *marmita*, *orgía*, etc. y otras palabras que cobraron el significado en el que las emplea posteriormente, como *prostituta*, *alcohol*, *conchabar*, *titilar*, *rengo*... Faltan todos los arcaísmos léxicos, sintácticos y morfológicos. A pesar de que Saer reconoce haber tomado algunos rasgos de estudios lingüísticos de Antonio Tovar sobre las lenguas aglutinantes y del ensayo de Freud, “Acerca del sentido opuesto de las palabras primitivas”,<sup>4</sup> en ningún momento intenta construir una lengua primitiva “real”. El único rasgo que repite constantemente es el de su sonido “rápido y chillón”. La palabra más importante del texto “def-ghi” es la mejor prueba de esta ausencia de intención de verosimilitud, ya que está tomada del lomo del diccionario de Littré y simplemente pretende dar la ilusión de una lengua primitiva, desconocida fónica y gráficamente para un español. El estudio de Freud le sirvió para reforzar su idea fundamental de la arbitrariedad del lenguaje y de lo que llamamos “realidad” y de su multiplicidad. La única vez que el narrador se explaya sobre la lengua de los indios es para dar detalles sobre su carácter contradictorio. La misma palabra “def-ghi” tiene numerosos significados como persona ausente o dormida, el indiscreto, un pájaro, ciertos objetos igual que el reflejo de las cosas en el agua (p. 133) y “en-ghi” significa “los hombres, la gente, nosotros, yo, comer, aquí, mirar, adentro, uno, despertar, y muchas otras cosas más” (121). Significativamente los indios no tienen ninguna palabra que exprese “ser” y “estar” sino que siempre usan el verbo “parecer”, es decir, desconfían de la realidad. De ahí su angustia, su sensación de chapotear en un “medio chirle” (122).

No cabe duda de que Saer no se refiere tan sólo a ese idioma, pretendidamente primitivo, sino a la arbitrariedad de la lengua en general y al uso múltiple y contradictorio de las palabras.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Cf. R. Linenberg-Fressard, 1989: 157.

<sup>4</sup> *Id.*

<sup>5</sup> Cf. Saer en Linenberg-Fressard, 157; véase, por ejemplo, la palabra alemana “Absatz” en cualquier diccionario.

En general los mismos títulos de los textos saerianos son polisémicos: **nadie nada nunca** (la “nada” y el verbo “nadar”); *Glosa* (nota y comentario y la impenetrabilidad de lo real); *El entenado* (“ente” y “nada”; cf. Linenberg-Fressard, 1989: 157).

La ausencia de reconstrucción del mundo del siglo XVI queda patente con respecto al personaje del entenado y a sus pensamientos. En primer lugar, su agnosticismo es impensable en un personaje de sus características en aquella época. El autor no disimula los anacronismos, sino que, por el contrario, los resalta mediante citas directas de algunos filósofos. Leibniz, siglo y medio posterior al tiempo del relato, está presente en la alusión al “único posible” mundo y “el mejor de todos” (119). Tampoco Berkeley, filósofo del siglo XVIII, está ausente. Tras la frase “Sin ellos, no había árbol, pero, sin el árbol, ellos tampoco eran nada” (119) se esconde su famoso axioma “esse est percipi”. Lógicamente, Saer no quiere apoyar la teoría de Berkeley de que los aspectos físicos del mundo se dejan reducir a fenómenos mentales, sino que, por el contrario, duda de la posibilidad de captar estos mismos fenómenos y de plasmarlos en palabras de forma inequívoca.

Pero el sistema filosófico al que más debe el relato de Saer es el existencialismo y Sartre en concreto. El abandono del entenado no se refiere al simple hecho de ser huérfano de nacimiento y de serlo de nuevo tras la muerte de sus compañeros y tras la de la figura paterna del padre Quesada, sino que es condición humana, porque, como dice el narrador: “Toda vida es un pozo de soledad que va ahondándose con los años” y estamos “condenados a la soledad de [nuestros] recuerdos como a la de la propia muerte” (25, 146).<sup>6</sup> La falta de sentido que siente el narrador y la indiferencia del destino ante el bien y el mal son pensamientos totalmente ajenos al fervor religioso del siglo XVI. Términos fundamentales del pensamiento sartreano surgen frecuentemente en el texto como “contingencia”, “viscosidad” y “precariedad”. Hay reminiscencias directas del “ser en sí” y del “ser para sí” de la *Náusea*: “pasar a ser objeto de experiencia era arrumbarse por completo en lo exterior, igualarse, perdiendo realidad, con lo inerte y con lo indistinto, empastarse en el amasijo blando de las cosas aparentes” (128). El entenado se siente fascinado por la contingencia como Roquentin (99) y como a éste las cosas se le imponen de repente y le resultan inaprehensibles; la ausencia de sentido lo invade y le hace dudar el mundo (126). La precariedad, la amenaza y la indiferencia del mundo lo asaltan constantemente y se enlazan con el tiempo que presenta la eternidad:

Teníamos la ilusión de ir fundando ese espacio desconocido . . . pero cuando lo dejábamos atrás . . . comprobábamos que el espacio del que nos creímos fundadores había estado siempre ahí . . . Cada vez que desembarcábamos, éramos como un hormiguelo fugaz salido de la nada, una fiebre efímera que espejeaba unos momentos al borde del agua y después se desvanecía (23).

<sup>6</sup> Saer no emplea “entenado” en el sentido limitado de “hijastro”, según la definición del DRAE, sino en el amplio de abandonado: “me paseaba entre los indios buscando alguna tarea inútil que me ayudase a llegar al fin del día, para ser otra vez el abandonado, con nombre y memoria” (72).

El tratamiento del tiempo es otro rasgo que aleja a Saer de las crónicas en forma de memorias del siglo XVI. El cronista-narrador de éstas relata de forma lineal, haciendo a menudo referencia a episodios anteriores y enlazándolos con otros nuevos con fórmulas de tipo “como dije en otro lugar”, “dejo aquí de contar para . . .”. Subdivide su material en capítulos con títulos que resumen brevemente su contenido. Al contrario, *El entonado* está narrando según las técnicas del siglo XX: comienza en el momento de la escritura: “ahora que soy viejo”. Con respecto a la estancia con los indios, el lector se entera principalmente de tres escenas: la fiesta caníbal, el juego del corro de niños (repetido dos veces literalmente, 38ss., 138s.) y la agonía de un hombre en un amanecer de verano; a ellas podríamos añadir el episodio de la llegada de otro prisionero que repite y explica la situación del propio narrador. En vez de una relación continua de las experiencias se eligen momentos puntuales, dejando largos períodos sin describir. Además, la recuperación del pasado es totalmente distinta en las crónicas, aun con la distancia de varias décadas por medio, pretenden situarse en el mismo momento del acontecimiento: narran suceso tras suceso y detalle tras detalle como si participasen de nuevo en ellos. Saer insiste en que el lector nunca olvide la distancia de 50 ó 60 años que media entre los acontecimientos y la narración escrita por este viejo “en la noche de verano. . . en una pieza blanca, a la luz de las velas ya casi consumidas” (79,155).

La obsesión de Saer por el tiempo y la memoria se hizo pronto patente, lo más tarde con el cuento *La mayor*, que comienza con una refutación de la memoria proustiana: “Otros, ellos, antes, podían . . .”. En *Cicatrices* el periodista y escritor Tomatis, alter ego del propio autor, decía:

Hay tres cosas que tienen realidad en la literatura: la conciencia, el lenguaje y la forma . . . La única forma posible es la narración, porque la sustancia de la conciencia es el tiempo (55).

El narrador de *El entonado* reflexiona extensamente sobre la relación entre la realidad y su recuerdo y la estructura de la memoria, en clara referencia a Proust, sin que se trate de una simple imitación ni de una completa refutación, fruto de años de reflexión del propio autor:

Esos recuerdos no se presentan en forma de imágenes sino más bien como estremecimientos, como nudos sembrados en el cuerpo, como palpitations, como rumores inaudibles, como temblores . . . el cuerpo se acuerda, sin que la memoria lo sepa (136).

Coincide con Proust en la apreciación del pasado como fundamento del momento presente, pero no admite la claridad de los recuerdos ni su significado inequívoco:

me resulta difícil establecer una jerarquía entre tantas presencias que me hacen señas . . . el centro de cada recuerdo parece desplazarse en todas direcciones . . . no solamente el mundo es infinito sino que cada una de sus partes, y por ende mis propios recuerdos, también lo es (136s.).

A pesar de que Proust disuelve la realidad y el yo en recuerdos discontinuos del pasado, en él todavía se constituye cierta unidad mediante la memoria. Saer se aleja de Proust y se acerca al pensamiento borgeano al relacionar el recuerdo, y por ende la realidad, con el sueño:

Recuerdos y sueños están hechos de la misma materia. Y bien mirado, todo es recuerdo . . . sueño, recuerdo y experiencia rugosa se deslindan y se entrelazan para formar, como un tejido impreciso, lo que llamo sin mucha euforia mi vida . . . Que para los indios ser se dijese parecer no era, después de todo, una distorsión descabellada (147s; véase el total de la reflexión sobre el tema).

Saer coloca el tema de la memoria y de la realidad en el centro de su siguiente novela *Glosa*; muestra en ella que el recuerdo de un acontecimiento sólo oído por referencia puede ser más vivo que el de la propia experiencia y que “después de tantos años, los hechos [son] tan ajenos e inaccesibles en los que habían participado de ellos como a los que únicamente los conocían de oídas” (1986: 161s.).

Debemos creer al entenado cuando dice que el único objetivo de su vida es la recuperación del recuerdo de los indios colastiné, que están aún atrapados en el mundo de lo indistinto, anterior a la historia, para hacerlos perdurar en la conciencia de futuras generaciones. Sin embargo, en ningún momento se engaña con respecto a la dificultad de su empresa: es prácticamente imposible que el hombre penetre en el ser de otro hombre, como muestra la falsa aprehensión del vecino sereno que agoniza un amanecer tras la orgía caníbal. La memoria que debía revivir el pasado es parcial y se equivoca. Saer introduce el tema de la supervivencia por la memoria a comienzo del relato; al abandonar los españoles el viejo mundo, éste “reposaba sobre nuestros recuerdos. Nosotros éramos sus únicos garantes” (14). Al final el lector comprende que ni la memoria del entenado ni la de ningún cronista puede ser garante del mundo de los indios (de ahí la metáfora del eclipse al final de la novela). El narrador deja bien claro que su relato, basado en recuerdos dudosos, “puede significar muchas cosas a la vez” (124). Al comienzo me referí a dos textos cuyo parentesco con *El entenado* se impone en la primera lectura. Pero existen otros, no ambientados en un pasado remoto, que permiten ser relacionados con la misma novela. En *Manos y planetas* (de *La mayor*) Barco explica a Tomatis un programa recientemente pasado por la televisión. En él se veían las fotos tomadas desde una nave espacial que mostraban la tierra alejándose hasta el punto de desaparecer. Los telespectadores sufrieron entonces la misma pérdida de seguridad y de identidad que los personajes de *Paramnesia* y *El entenado*. Aunque en *El viajero*, texto situado en el siglo XIX, se abandona la época de la conquista y se cambia el protagonista español por un inglés, también Jeremy Blackwood lucha contra un mundo desconocido y vanamente quiere “vencer la tentación de lo idéntico de lo inmóvil” (*La mayor*, 145). Una última referencia: la escena central de *El entenado*, la fiesta caníbal, ya fue anticipada en 1960 en *Algo se aproxima*, aunque en otro contexto. Describe una reunión de dos parejas constituidas por Barco y Miri y el anónimo “él” (con toda seguridad Tomatis) y Pocha. Se describen extensamente los

preparativos para un asado: la carne cruda, el dorarse y crepitar de la misma y el jugo rojizo que sale de ella al cortarla, la columna de humo que se levanta y el ensimismamiento de Barco ante las brasas son todos ellos detalles que se vuelven a encontrar en *El entenado*. Sin embargo, la máxima importancia del texto reside en la introducción de la teoría literaria del autor, puesta en boca de su personaje Barco. Rechaza ya entonces la literatura como algo sublime y se fija como tarea describir una determinada "zona" (*Narraciones/2*, 380s.).

No sorprende que para muchos personajes el único hecho fuera de toda duda sea el acto de escribir: el rasguído de la pluma y los crujidos de su silla son los únicos sonidos "reales" en la noche, y la mano ajada del viejo de *El entenado* "dejando un reguero negro a la luz de la lámpara" (35). Con razón la crítica insiste en subrayar el nivel metaliterario en los textos de Saer (M. Stern, 1983, 1984; M.T. Gramuglio, 1986). Cada relato reflexiona sobre su propia génesis y su condición textual. No en vano el entenado, a su vuelta a España, se integra en el mundo de la representación, el teatro, y se hace profesional de la imprenta. Escribe un drama sobre su propia vida entre los indios, y a pesar de que su tipo de público parece tener la culpa de la falta de veracidad de su obra, habrá que pensar que Saer se refiere a la diferencia que existe de por sí entre realidad y literatura: toda vida se transforma en un artefacto, "de perfección prosódica y de precisión aritmética" ¿Qué queda de la "realidad" si el mundo es "el desarrollo de una conciencia" (**Algo se aproxima** en *Narraciones/2*, 380) y si la memoria es arbitraria y falible?

Saer parece dar con *El entenado* una respuesta filosófica a la escritura ingenua de las crónicas del siglo XVI.

Rita Gnutzmann  
Universidad del País Vasco  
Vitoria (España)

### Bibliografía

- Gnutzmann, Rita, "El arte de narrar de Juan José Saer", *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, no. 11, 1989, 183-6.
- Gramuglio, María Teresa, "El lugar de Saer" en *Juan José Saer por Juan José Saer*. Buenos Aires, Ed. Celtia. 1986, 261-299.
- Levi, Jean, "Quand l'historien se fait romancier", en *le débat* (Paris), no. 54, mars-avril 1989, 147-158.

Linenberg-Fressard, Raquel, "Entrevista con Juan José Saer", *Río de la Plata*, no. 7, 1989, 155-159.

Marco, José María, reseña de *El entenado* en *Quimera*, no. 80, sf., p. 70.

Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, *Naufragios y comentarios*. Madrid. Ed. Libra. 1970.

Saer, Juan José, *Narraciones*, 2 vols. Buenos Aires. CEAL. 1983.

\_\_\_\_\_, *Cicatrices*. Buenos Aires. CEAL. 1983.

\_\_\_\_\_, *La mayor*. Buenos Aires. CEAL. 1982.

\_\_\_\_\_, *Glosa*. Buenos Aires. Alianza. 1986.

\_\_\_\_\_, *El entenado*. Buenos Aires. Folios Ediciones. 1983.

Stern, Mirta, "El espacio intertextual en la narrativa de Juan José Saer. . .", *Revista Iberoamericana*, no. 125, oct.-dic. 1983, 965-981.

\_\_\_\_\_, "Juan José Saer: Construcción y teoría de la ficción narrativa", *Hispanamérica*, no. 37, 1984, 15-30.